

EL DESTINO DEL AZAR

Alberto Loschi

Las siguientes líneas tratan de transmitir el interés que despierta el tema a poco que nos ocupemos de él. Si bien no abordan el azar en el encuadre de la teoría psicoanalítica, intentan suscitar reflexiones y desarrollar ideas que puedan luego sí enriquecer nuestro pensar psicoanalítico.

Dios no juega a los dados

Albert Einstein

A veces Dios juega a los dados

Dios está cansado de jugar a los dados

La primera frase pertenece a Einstein, las otras dos no pertenecen -pero podrían haber pertenecido si las hubieran dicho- a Prigogine y Baudrillard respectivamente. Pretenden ilustrar algunos de los mojones que ha atravesado la modificación del concepto azar. Recorriéndolos encontramos que 'el azar' es sólo un modo de pensar, no más pero tampoco menos que un modo de pensar, o sea una creencia.

Si nos remontamos a las culturas llamadas primitivas no encontramos algo que se acerque a una creencia semejante. Si un primitivo cae por un barranco al tropezar con una piedra, el hecho es interpretado de un modo similar a como podemos interpretar la misma escena dentro de un sueño, y ningún psicoanalista interpretaría el sueño como azar. En los sueños no hay causas ni azar. Y, si seguimos a Freud, los sueños muestran la época primitiva dominada por lo que hoy llamamos omnipotencia del pensamiento. Al caracterizarlo así queremos indicar que el primitivo en sus creencias mágicas no comprendía aún el papel del azar que nosotros ya conocemos. Pero esta extensión del azar hacia atrás en el tiempo

es de carácter dudoso, tal vez no se trate más que de una 'colonización' de una creencia por otra. Lo más que podemos decir es que *ahora* antes hubo azar.

Tampoco en los albores del pensamiento occidental, previo a Aristóteles, se pensaba el azar. Había una palabra -Tyché- que a veces se da como equivalente de azar, sin embargo el sentido, para el griego primitivo, poco tiene que ver con el que hoy le damos a la palabra azar. Tyché parece ser que expresaba conceptos como suerte, magia, destino, caos, riesgo, existencia. Tal vez se acerca más a una idea como fatalidad. Así aparece por ejemplo en La Odisea donde Odiseo dice: "Demódoco!. Yo te alabo más que a otro mortal cualquiera, pues deben de haberte enseñado la Musa, hija de Zeus, o el mismo Apolo, a juzgar por lo primorosamente que cantas 'la tyché' de los aquivos. . . como si tú en persona lo hubieras visto o se lo hubieses oído referir a alguno de ellos". La fuente del conocimiento de Demódoco ya había sido aclarada anteriormente: "Pues Febo Apolo se lo había pronosticado"(1).

Es recién Aristóteles que introduce las ideas que van a permitir pensar el azar. Al hablar de las categorías causales distingue cuatro tipos de causas: material, moral, eficiente y final. Se instala el determinismo y allí cobra forma el pensamiento causal. El efecto azaroso sería por el entrecruzamiento de dos cadenas causales independientes entre sí. Al igual que otras tantas antinomias las ideas de causa y azar aparecen juntas. No obstante esa semilla plantada por Aristóteles va a tardar en germinar. El azar, en forma algo parecida a como hoy lo conocemos, surge recién con la ciencia moderna en el siglo XVII. El azar en el mundo lleva sólo 400 años, una figura joven aún, y así como ha aparecido tal vez esté llamado a desaparecer. Curiosamente cuando nació se hablaba de su muerte; hoy, que se habla de su vigencia, estará muriendo?. Pero veamos un poco cómo fue su historia.

El Azar en la Ciencia

Al establecer Newton las leyes de la mecánica se formalizó el determinismo científico que parecía abolir el azar. En las leyes no había lugar para el azar. En el mismo momento de nacer parecía que

ya estaba muerto. Así decía el proyecto de epitafio que Pope escribiera para Newton (2): "La naturaleza y sus leyes dormían en la oscuridad. Y dijo Dios: hágase Newton! y se hizo la claridad!". El auge del determinismo queda ilustrado por la figura del demonio de Laplace. Un ser que posea el conocimiento de las leyes deterministas y una capacidad sobrehumana de cálculo, si conoce en un instante dado las posiciones y velocidades de todas las partículas, puede deducir la historia completa del mundo, su pasado y su futuro. Por ese entonces el azar que había logrado sobrevivir a su temprana muerte era el azar gnoseológico, es decir producto de la ignorancia. El azar nació del concepto de ignorancia, de la idea de falta de información. El azar era un concepto complementario de conocimiento. Se pensaba que a medida que avanzara el conocimiento cada 'efecto' encontraría su causa y desaparecería ese residuo de azar. Pero el destino quiso que las cosas fueran en un sentido inverso. Hoy se sabe que el silogismo laplaciano, según el cual si conocemos el presente podemos conocer el futuro, es falso. Y no porque sea falsa su consecuencia, sino porque es falsa su

premisa: no se puede conocer el presente con la precisión que exigen las leyes deterministas (3). Había aparecido en ciencia un límite absoluto a la posibilidad de conocer cuya primera manifestación se dio en mecánica cuántica con el principio de indeterminación de Heisenberg, según el cual si se conoce la posición de una partícula no se puede conocer su velocidad, y viceversa. Este límite al conocimiento planteaba ya una primera modificación a la idea de azar. Si el azar es producto de la ignorancia, se trata ahora de una ignorancia que el conocimiento no puede superar. Ante esto algunos empezaron a preguntarse qué sentido tenía hablar de un azar de la ignorancia (gnoseológico) si ésta era absoluta. Fue entonces que surgió la pregunta que recientemente planteara Jorge Wagensberg (2): "Es el azar producto de la ignorancia o un derecho de la naturaleza?". Es decir, azar gnoseológico o azar ontológico?

Así quedaron divididas las aguas y alguien como Einstein se mantuvo firmemente en el primer grupo al pronunciar su famosa frase "Gott würfelt nicht". Sin embargo ya había quienes empezaban a

sospechar que Dios también jugaba a los dados. Dios que había creado las leyes parecía que también podía crear el azar. La idea de un azar ontológico empezó a cobrar fuerza.

Pero ya que el conocimiento no podía derrotar al azar tal vez sí podría domesticarlo; se le aplicó la ley de probabilidades y el azar se ablandó. Había entonces azar, pero ahora estaba acotado entre las probabilidades; era un azar blando. El ejemplo del mismo vuelve a ser la tirada de dados. Nunca sabremos en forma anticipada sobre qué cara caerá el dado, pero sí sabemos que será sobre una de las seis. La probabilidad de cualquiera de ellas será entonces de uno en seis y nos asombraríamos sobremanera si de pronto es otro el número que sale o si, como cuenta la saga noruega del rey Olav (4), el dado, que debe ganarle a un seis, al rodar se parte en la mitad cayendo una de ellas sobre el tres y la otra sobre el cuatro dando entre ambas el siete ganador. Recordar esta saga, que fue comentada por Borges, viene a cuento porque el azar en su rodar se encontraría también con el 'número' que está fuera de las probabilidades. Para explicar esta nueva alternativa volvamos otra

vez a los dados. Poincaré demuestra como, aun conociendo las leyes que rigen el movimiento del dado y pudiendo hacer cálculos a cada instante del movimiento, por más precisos y extensos que sean nuestros cálculos la probabilidad no se reduce, sigue siendo de $1/6$. Esto se debe a lo que se llama sensibilidad a las condiciones iniciales, que sólo el conocimiento con precisión infinita podría salvar; y eso es imposible.

El interés por el problema de la sensibilidad a las condiciones iniciales, sumado al interés que los interrogantes de la mecánica cuántica planteaban, fueron disparadores de un importante cambio en el concepto de azar. Para comprenderlo mejor aclaremos cuál era la idea de azar que hasta entonces dominaba. Habíamos dicho que el azar nació como un concepto negativo: falta de información. Hubo un primer impulso del pensamiento científico, que se extendió hasta mediados del siglo XIX, donde se creía que el avance del conocimiento acabaría derrotando al azar. Pero a partir del segundo principio de la termodinámica la visión deja de ser optimista para tornarse francamente pesimista. Se comprendió que si partimos de

una estructura ordenada, por ejemplo una estatua, el paso del tiempo y los accidentes la llevarán a un estado cada vez más desordenado hasta quedar reducida a piedras esparcidas al azar; es también el destino del universo. Desde el punto de vista de las probabilidades esa es la evolución más segura que el futuro nos reserva. Sería infinitamente improbable, que a raíz por ejemplo de un terremoto, viéramos aparecer de nuevo la estatua reorganizándose a partir de las piedras dispersas. La compleja y ordenada estatua, como todo lo bello, es muy improbable, mientras que lo desordenado y feo corresponde a un número de configuraciones posibles sideralmente mayor. La edad del universo es muy poco tiempo para recuperar el texto de la Biblia revolviendo letras, pero al final del universo es máximamente probable que la Biblia se haya convertido en partículas que vagan al azar. Así pues el segundo principio de la termodinámica establece una evolución hacia estados cada vez más probables, y por lo tanto más desordenados, más azarosos y con menos información. Recordemos de paso que esa fue la manera dominante de entender la pulsión de

muerte. Hasta aquí el **azar negativo**, en sus versiones optimista y pesimista.

Pero a partir de la mecánica cuántica empieza a desarrollarse paulatinamente otra idea de azar que se presenta al mundo científico desde hace dos décadas aproximadamente: el **azar positivo**. Entre ambos hay un período intermedio de un azar domeñado por el cálculo de probabilidades: lo que antes llamamos **azar blando**, probabilístico. Un azar que generó cierto entusiasmo en el ámbito científico porque cumplía con ciertas condiciones gratas a la ciencia. Era un azar neutro, desmagnetizado, desencantado y sobre todo un azar tratable, con el que se podía pactar. Pero espíritus inquietos, interesados como decíamos en el estudio de la sensibilidad a las condiciones iniciales y, a partir de allí, por sistemas más complejos, como los organismos vivos, pusieron de relieve otra cara del azar. Lo que antes era inconcebible, que un terremoto organizase piedras sueltas para formar una estatua, empezó a ser concebible. Aunque, claro está, la explicación es más difícil. Se comprendió que los sistemas complejos son estructuras alejadas del

equilibrio y que los sistemas abiertos evitan el equilibrio, mientras que el segundo principio sólo habla de sistemas aislados y en equilibrio. Cuando los sistemas se alejan mucho del equilibrio termodinámico ya no pueden describirse en los términos que se aplican al equilibrio. Los sistemas abandonan el llamado régimen lineal de la termodinámica (en el que sí se aplica el segundo principio) para entrar en el no lineal. Ahora aparecen discontinuidades y las **fluctuaciones** espontáneas del sistema, antes siempre condenadas a regresar, pueden amplificarse exponencialmente hacia el caos. Pero a partir de allí, en lugar de evolucionar hacia una mayor desintegración, el sistema, atravesando un **punto de bifurcación**, es arrastrado hacia nuevos e imprevistos estados: las llamadas **estructuras disipativas**. En ese nuevo estado el sistema se **autoorganiza** en un nivel superior de alta complejidad (5) (6). Estas ideas se han ensayado para explicar estructuras que van desde el ADN hasta la formación de galaxias. Si antes el orden se degradaba en caos, ahora el caos es productor de orden y el azar pasa a ser un azar creador. Pero, a diferencia del azar que había

introducido la mecánica cuántica, este es un azar que escapa a todo cálculo de probabilidades. Cómo calcular la probabilidad de que surja el ADN antes de que surgiera?. Ahora el azar, invirtiendo su signo, es protagonista en la creación. Es el hacedor de las cosas más improbables: una obra de arte, una teoría científica. Deja de ser esa figura neutra acotada por la probabilidad y pasa a estar animado por un genio, malvado en ocasiones, impredecible por la ley determinística de las probabilidades. A diferencia del anterior éste es ya un **azar duro**, que parece animado por una intención. Recordemos el dado partido del rey Olav. En este punto, como anticipara Bergson (7) en filosofía, dejan de oponerse azar e intención. El azar es una intención vacía dirá Bergson. Pero acá nos enfrentamos a un problema: si el azar hasta ahora fue sinónimo de falta de información, cómo explicar esta 'intención' que anima al azar desde dentro. Estos desarrollos teóricos, que se despliegan alrededor de la figura de Ilya Prigogine en el estudio de la termodinámica lejos del equilibrio, no pueden dar cuenta de este

problema. Pero desde dos sectores diversos del pensamiento científico contemporáneo apareció la posibilidad de abordarlo.

Se trata el primero de la teoría de la información de Shannon(8). Shannon, revolucionando la tradición, propuso separar información de significado lo cual, según algunos autores, reviste una importancia semejante a la que introdujera Saussure en lingüística al separar significado de significante. Entre otras cosas esa distinción permitió a Robert Shaw (1981) (8) considerar al caos como carente de significación, pero con máxima información. Por extensión se reconoce ahora el azar como pletórico de información. Del azar en falta, negativo, carente de información, se pasa a un azar positivo, con 'intención' y rico en 'memorias'.

El segundo sector desde el que se avanzó en este problema corresponde a la geometría fractal de Benoit Mandelbrot (9). Acá, a diferencia de los desarrollos teóricos de I. Prigogine que destacan el orden a partir del caos, el acento está puesto en el orden que existe dentro de los sistemas caóticos. El caos deja de ser sinónimo de aleatoriedad, porque se puede demostrar que contiene estructuras

profundamente codificadas, llamadas **“atractores extraños”**, una suerte de ‘memorias extrañas’ que atraen el sistema, imprimiéndole sus formas en los más diversos niveles (10).

La idea de atractor nomina un punto o zona hacia los cuales es atraído el sistema. Si representamos el movimiento del sistema sobre un espacio de fase -una suerte de mapa-, el atractor es la zona hacia la que el sistema se dirige. Hay varios tipos de atractores; el atractor simple que se aplica al movimiento de un péndulo; el atractor de ciclo límite que puede describir la evolución en el tiempo de un sistema como el de depredadorpresa por ejemplo; para sistemas más complejos está el atractor toro cuya forma se asemeja a una rosquilla. Pero cuando el sistema entra en un régimen caótico su conducta deja de ser previsible y se desestructura el espacio de fase. ‘El mapa’ marca caminos distintos cada vez. Sin embargo se ha encontrado que este desorden tiene una forma y también responde a un atractor: el **atractor extraño**, un nuevo y sorprendente objeto del análisis matemático que debe su nombre al físico David Ruelle (10). Ocurre que al ingresar al caos, la superficie del espacio de fase

se descompone y deja de pertenecer a una dimensión entera para entrar en una dimensión **fraccional**. Es como si estrujáramos un papel, los pliegues caóticos que se forman lo apartan de la superficie bidimensional pero sin llegar a un sólido tridimensional. Si imaginamos un personaje de ciencia ficción moviéndose en ese espacio lo veremos vagabundear sin poder llegar a una dimensión más alta o volver a una más baja. La forma que traza ese vagabundeo es un atractor extraño, cuyo espacio está entre dimensiones. Curiosamente se comprueba que en ese estado todos los componentes de un movimiento están conectados entre sí, y cada uno de ellos depende de todos los demás. El sistema muestra una infinita y profunda interconexión donde cada parte refleja el todo. Si, por ejemplo, se estudia la turbulencia, se observa que la turbulencia en pequeña escala refleja la turbulencia en escala mayor y así sucesivamente. Esto describe una importante propiedad del atractor extraño: la autosimilitud en todos los niveles, una prueba de la extraña memoria de estos atractores. Fue Robert Shaw el primero en conectar la idea de la órbita de un atractor con la de un flujo de

información. Al hacerlo así se comprobó que la información se comporta de un modo muy diferente al de la energía en la dinámica newtoniana. En la física clásica la energía se transforma pero su cantidad se conserva. En los atractores extraños la información no se transforma en el sentido que lo hacen materia y energía. La información, literalmente, aparece o desaparece, sin que se pueda predecir cuándo o dónde volverá a aparecer. Estas extrañas memorias viajeras nos abren a problemas que ya no pueden pensarse dentro del estrecho margen de la oposición determinismo-indeterminismo. Como dice K. Hayles (8), el comportamiento de estos atractores extraños "cambia lo que podemos saber acerca de ellos, no meramente lo que sabemos". Según algunos autores estas ideas implican un profundo cambio en el concepto mismo de objeto de la ciencia. Hasta ahora se consideraba que el objeto de la ciencia era algo ya dado y que con mayor o menor dificultad podía llegarse a conocer. Con la mecánica cuántica se comprendió que el observador lo modificaba; el objeto sufría la violencia del observador sin poder responder a ella. Pero

ahora el cambio podría ser más profundo, hasta llevarnos a sospechar que no somos nosotros quienes pensamos a ese 'objeto extraño' sino que somos pensados por él. Y no es que el objeto se subjetivice, más aproximado sería decir que el sujeto se objetiviza. Estas nuevas propiedades del objeto sugeridas por la ciencia del caos han suscitado interés en las más diversas disciplinas que están acostumbradas a ver burladas sus expectativas ante el comportamiento extraño de su objeto. Así la meteorología, las cotizaciones bursátiles, los sondeos de opinión pública, el estudio de epidemias, etc. , etc.

Estas ideas han desplazado el acento de lo lineal, que implica secuencia, continuidad, determinismo causal, a lo no lineal, que lejos de ser indeterminado está organizado por **memorias** (no por causas) y estas memorias son algo así como el destino del sistema. Si el determinismo clásico implicaba que a cada causa le seguía su efecto, ahora, como anticipara Nietzsche (11), es el efecto el que precede a la causa, lo que puede tomarse como una definición de destino. Si como dijimos antes, de un modo abrupto y condensado,

es el objeto el que nos piensa, él es el destino y no hay ningún azar en ello. El azar no sería más que esas memorias que nos piensan, antes de ser pensadas. En el fondo, esta idea siempre estuvo en el corazón mismo del pensar determinista. Podemos seguir una línea causal hasta su última causa (la primera), pero esta causa no es a su vez causada. La causalidad sería aquí la última casualidad. Esto es lo que demuestra el teorema de la incompletitud de Gödel (8). Los sistemas axiomáticos y deterministas han perdido su consistencia, sus fundamentos no tienen fundamento. Dicho de otra manera, todo sistema -el sujeto también- se apoya en la nada, pero esa 'nada', lejos de ser un concepto negativo, es el objeto extraño del sistema, fuente inagotable de memorias.

Lo que tienen de interés estas ideas de la nueva ciencia es que permiten concebir 'las memorias' del azar. Y a partir de allí nosotros poder especular que no se trata de las memorias que tiene algo que se llama azar, sino que eso que llamamos azar son memorias. Memorias que al presentarse provocan el efecto azar. Por eso lo que nos ocurre 'por azar' nunca es indiferente; siempre está enlazado,

por tratarse de 'memorias'. Memorias, que como los efectos, llegan antes que los recuerdos-causa. Memorias que muestran un encadenamiento de las cosas que sin ser indeterminista ya no es el del determinismo.

Los encadenamientos no lineales, la iteración autosímil, los efectos fractales, las 'memorias extrañas', desdibujan el concepto de causa y nos aproximan a otras conjugaciones de las cosas. Encadenamientos no causales pero tampoco indeterminados. **Encadenamientos fatales.** Pero veamos que diferencia puede hacerse entre las ideas de azar y determinismo causal, por un lado, y la de encadenamiento fatal, por otro.

La Causa, el Azar y lo Fatal

El concepto de azar supone que no hay otro enlace posible que el de las causas, de ahí que cuando las cosas no tienen causas pertenecen al azar. Dirá J. Baudrillard(13) "el azar es eso: el purgatorio de la causalidad. . . el lugar donde los efectos esperan que se les devuelva una causa". En otra oportunidad mencionábamos (14) que el concepto de causa deriva y es un corolario directo de la idea

platónica que duplica el mundo en uno sensible, aparente y otro suprasensible, verdadero. El mundo verdadero viene a ser algo así como el doble del aparente. Pero el mundo verdadero es habitable y comprensible, mientras que el aparente inmediato es de una inquietante extrañeza. Lo verdadero doma lo aparente al precio de esta duplicación en la que habitamos. Si en sesión nos inquietamos por la 'apariencia' (aparición) de un 'crimen' en seguida nos tranquilizamos al poder remitirlo a una ausencia, que es la verdad o la causa que explica la 'falta'. Pero en rigor, 'el crimen' es lo único y fatal, la ausencia es su doble racional. La implicancia es que lo verdadero apaga los 'ruidos' de esa inquietante apariencia, dejamos de oír esas memorias extrañas. Lo mismo ocurre con la idea de causa que pertenece por completo a esta lógica del doble. Todo 'ruido' inquietante mueve de inmediato a encontrarle causa y decimos que la encontramos cuando nos volvemos sordos a esos 'ruidos'. La muerte es escandalosa e inaceptable si no se la deriva a una causa y al darle una causa la legalizamos. Lo inmediato y único siempre tiene algo de muerte porque es fatal y atraviesa al yo, que

es doble. La operación consiste luego en remitirlo -desdoblarlo- hacia una verdad o causa que lo explica permitiendo asimilarlo bajo la forma de un doble más aceptable que el original, único y real en su crudeza primera. ; al lograrse eso nos tranquilizamos. Es 'verdad' lo que nos tranquiliza. Con la causa se aplica la misma lógica. Algo nos inquieta, entonces nos desplazamos a otro tiempo y lugar que llamamos causa y allí se recupera el yo. Lo que inquieta es primero, la causa viene después. Luego nos acostumbramos tanto a este mecanismo del yo que invertimos la secuencia y damos por sentado que la causa es primero y el efecto después. El yo no sólo es doble sino que tiene la mirada invertida. Pero atendiendo a lo expuesto 'el efecto' es lo que nos llega ahora y aquí, la causa se despliega más tarde y nos remite a otro tiempo y lugar, aunque no sepamos dónde ubicar ese otro tiempo y lugar. El yo, en la duplicidad que lo configura -el yo es otro- nunca está donde es, ni es donde está. El yo no habita en lo actual* que es el plano de la vivencia**. Lo que llamamos 'memorias' son estos efectos que llegan antes que sus causas, memorias que llegan antes que sus recuerdos, efectos que

escapan siempre a la razón del yo, la que les otorga sentido tardíamente. Mientras que las causas siempre nos sacan del presente, estas memorias siempre son presentes, y siempre son primeras, aun la vigésima vez, los recuerdos llegan después. Las memorias, tal como aquí las entendemos, nunca son memorias del pasado, siempre son memorias del presente. No diluyen el presente extendiéndolo a un pasado o un futuro. Son un presente intenso -no extenso- que borra el pasado y el futuro. "El presente es, en cada instante, la adición de todos los presentes"(16). En tanto atendemos a las causas, al sentido, a la verdad estamos sordos para la música de estas memorias: la vivencia. Lo que llamamos 'vivencia' es un efecto, autosímil de estas memorias.

El concepto de azar corresponde a la idea donde las cosas privadas de determinaciones y de causas quedan abandonadas a sí mismas, neutras, indiferentes, desencantadas y eso también nos tranquiliza, aunque menos. Cuando no podemos recurrir a la idea de causa acudimos al azar, ambas ideas cumplen el fin de conjurar lo fatal. Que algo ocurrió por azar quiere decir que podría no haber ocurrido

o que podría haber ocurrido de otra manera. El mundo de ese 'podría' es inubicable, sin embargo es fuerte la tendencia a instalarnos en él, aunque sólo es un doble que crea la ilusión. Nuevamente se trata de hacer un duplicado de lo que no es más que uno y de ese modo ingenioso eludir el destino. Lo que ocurre, ocurre igual pero mientras tanto habitamos en el 'podría'. Azar y causalidad se coimplican. Lo que no está causado es por azar y con ello mantenemos intacta la lógica del doble, donde habita el yo. Causa y azar mantienen la ilusión de un doble, lo que evita el contacto con lo fatal, que es sólo uno, sin doble. Con todo la idea de azar, a diferencia de la de causa, ha mantenido cierta ambigüedad, sobre todo en el lenguaje vulgar más que en el científico. Por esa ambigüedad la idea de azar siempre va acompañada de una sombra ominosa o maravillosa que trasparenta lo fatal, en esos casos solemos hablar de suerte más que de azar y la suerte nunca es neutra siempre, es buena o mala suerte.

Creemos que en estas ideas nos aproximamos al primitivo concepto de Tyché, lo que es uno y no doble. Aristóteles fue el primero que

distinguió de la idea de Tyché (fatal) la idea de Casus (azar) y es de esta última que se deriva toda la concepción posterior de azar. Casus se distingue de Tyché porque ya implica la estructura del doble. La palabra latina Casus corresponde a la griega Piptô, caer. Significa la caída respecto de una norma, de un estado no 'Casus' (no casual), señala todo aquello que se aparta de su referente, de un fundamento que oficia de sombra, de doble, de testigo absoluto de aquello que es Casus. Casus es lo que se aparta del modelo. Es lo singular directo -lo que es- que 'cae' de lo universal abstracto- lo que debe ser-. Originalmente Casus se aplicaba para medicina y gramática, designando lo que se apartaba de la salud o de una norma. De allí deriva caso clínico. Resulta de interés conjeturar que de esa raíz se haya desprendido el concepto azar -casual-, designando todo lo que se aparta de un fundamento, de una ley. Es posible que en su origen haya sido un concepto religioso, sentido éste que está latente en la palabra azar; recordemos la frase de Einstein "Dios no juega a los dados". Siempre se ha considerado que Dios crea el orden, no el azar. Así, en primer lugar, Casus designaría

lo ominoso, lo hereje, lo enfermo y eso no tiene todavía nada de aleatorio. Lo aleatorio se agregaría luego a la idea de Casus, y precisamente cuando se formaliza la idea de causa. A partir de allí Casus es azar. Secundariamente se aplica la idea de causa como remedio, puente e instrumento que estableciendo un enlace permita retornar al fundamento, curar la anomalía, vencer el azar. Luego lo 'sin causa' es un alma en pena, sin redimir, persecutoria e inaceptable, pero, podemos agregar, no por aleatoria sino por ominosa. Pensemos en nuestra costumbre respecto a la muerte, que no puede quedar sin causa. Y muerte es otra acepción de la palabra Casus.

La diferencia entre lo fatal -los encadenamientos fatales- y el azar es que mientras lo fatal es uno, el azar, como el determinismo causal, pertenecen a la lógica del doble. Lo fatal implica que todo está relacionado con todo. El trabajo de la razón consiste luego en dismantelar estos encadenamientos fatales, en dejar las cosas sueltas, para posteriormente encontrarles una causa (una ley), o en dejarlas errando al azar(13). La relación entre determinismo y

fatalidad es homóloga a la que en otro lugar(15) establecimos entre el orden de la ley y el ritual. En el ritual todo está encadenado necesariamente, todo ocupa su lugar, nada falta ni está de más. También en lo fatal todas las formas se implican necesariamente entre sí. Puede decirse entonces que el azar -y las causas- se producen secundariamente al sepultamiento de esas formas rituales.

Un Modelo de Ficción

Tenemos entonces que el determinismo causal pertenece al orden de la ley. Ubicados en ese orden llamamos azar a lo que 'cae' de la ley, lo que es Casus. Pero salidos de ese orden ya no hay causas ni azar. Entramos en el universo ritual, más amplio que el de la ley. Se puede estar fuera de la ley, pero no se puede estar fuera del ritual como lo atestigua cualquier crimen. Para ilustrar estas complejas relaciones vamos a recurrir a un modelo de ficción. Imaginemos que partimos del ritual donde todo está encadenado. El sepultamiento del mismo, su desmembramiento, implica que las cosas queden 'seltas'. En ese instante se desprenden una 'partícula' (causa) y su

'antipartícula' (azar). Estas pueden luego vagar muy separadas. Pero entre ellas, como demostró Aspect (1981) para el caso de las partículas de la física, guardan una memoria común, y lo que ocurre en una influye necesariamente en la otra, aun estando a años luz de distancia. Cada una 'piensa' a la otra. El azar 'piensa' a la causa y la causa 'piensa' al azar. Y así como cuando, en el mundo de la física, partícula y antipartícula se encuentran se desintegran mutuamente liberando un fotón, también cuando causa y azar se encuentran se deshacen recíprocamente para dar lugar a lo fatal, que nunca es indiferente, neutro o probabilístico, porque vuelve a mostrar al ritual. De este modo podemos definir el accidente: sería el choque de la causa (lo esperado) con el azar (lo inesperado), donde ambos -causa y azar- se desintegran para dar lugar a lo fatal. El accidente, al eliminar la causa y el azar, libera un haz de luz que vuelve a iluminar la forma ritual. El accidente, como un extraño atractor, nos devuelve a esas memorias. De ahí el interés de todo accidente, su carácter atractivo, que lo señala como un suceso pletórico en memorias. Que las cosas, los acontecimientos, estén atravesados por memorias y

entonces encadenados fatalmente, es muy distinto a estar dirigidos por causas. En lo fatal la previsión no es posible, pues sólo se puede prevenir cuando hay causas y acá el orden es inverso a la lógica causal: los efectos anticipan a las causas; lo cual caracteriza al destino. Y como ejemplifica muy bien toda literatura oracular, para el destino no vale la prevención. Aun más, las medidas preventivas son el medio de que el destino se vale para consumarse. El destino pertenece, como en los antiguos oráculos, al orden de la profecía no al de la predicción. La profecía no habla de lo que no está y va a ocurrir en un futuro, habla de lo que ya y desde siempre es presente pero sin palabras. Habla de lo que está no en el orden de las palabras sino en el 'ruido' de las 'memorias del presente'. Da palabra a la voz de las 'extrañas memorias', aquellas que nos piensan.

Lo mismo puede decirse de la muerte, de lo femenino, del encuentro con el otro. Son todos 'efectos' que anticipan a sus causas. Se trata del encuentro con lo otro, el otro que nos piensa, morada de nuestras memorias. Ese es el destino y el destino es fatal. Pero es de la afirmación de eso fatal y no de su evitación que cabe esperar algo,

o de la que quizás dependa todo. Afirmar lo fatal es abrirse al 'juego', es, como decía Nietzsche, convertir lo fatal "en un amigo que viene así a casa de un amigo"(12). Sólo el mal jugador quiere ganarle al destino.

BIBLIOGRAFÍA

1 M. I. Finley **"El Mundo de Odiseo"** *Breviarios del F. C. E.*

2 J. Wagensberg (1985) **"Ideas sobre la Complejidad del Mundo"**

Tusquets Editores

3 M. García Doncel y otros (1986) **"Proceso al Azar"** *Tusquets Editores*

4 I. Ekeland **"Al Azar"** *Gedisa Editorial*

5 I. Prigogine y I. Stengers **"La Nueva Alianza"** *Alianza Universidad*

6 " " **"Entre el Tiempo y la Eternidad"**

7 J. Ferrater Mora **"Diccionario de Filosofía"**

8 K. Hayles **"La Evolución del Caos"** *Gedisa Editorial*

9 B. Mandelbrot **"Los Objetos Fractales"** *Tusquets Editores*

10 J. Briggs y F. D. Peat **"Espejo y Reflejo - Del Caos al Orden"**

Gedisa editorial

11 F. Nietzsche **"El Ocaso de los Idolos"**

12 " **"Así Habló Zarathustra"**

13 J. Baudrillard **"Las Estrategias Fatales"** *Anagrama*

14 A. Loschi **"El Problema de la Realidad"** *La Peste de Tebas N1*

15 A. Loschi **"Lo Masculino y lo Femenino"** *La Peste de Tebas N4*

16 C. Rosset **"Lo Real y su Doble"** *Tusquets Editores*

* Ver Glosario La Peste de Tebas N 3

** Ver Glosario La Peste de Tebas N 5